

Tragedia de Ribadelago

ERA UNA NOCHE SIN LUZ Y CON NIEBLA

MARÍA JESÚS OTERO PUENTE

Superviviente a la rotura de la presa de Vega del Tera
(el día de lo ocurrido tenía 10 años)



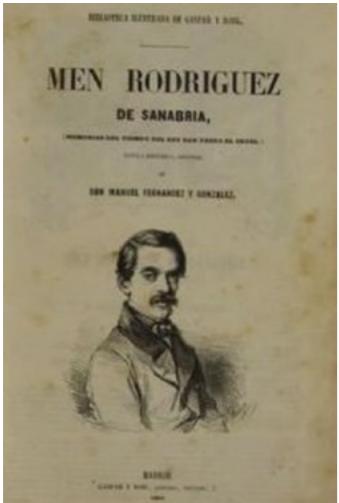
En la madrugada del 9 de enero de 1959, la rotura de la presa de Vega de Tera liberó millones de metros cúbicos de agua que en minutos sepultaron el pueblo zamorano de Ribadelago. Ciento cuarenta y cuatro vecinos —entre ellos familias enteras— desaparecieron bajo la corriente sin tiempo para escapar. Hoy, su memoria sigue viva, grabada en cada rincón del viejo pueblo y en el corazón de quienes sobrevivieron.

Página anterior: Vecinos de Ribadelago buscan entre las ruinas del pueblo.

- Morir vos queredes, padre, ¡San Miguel vos haya el alma!
Mandastes las vuestras tierras a quien se vos antojará(...)
diste a don Sancho Castilla, Castilla la bien nombrada
Y a don Alfonso León, con Asturias y Sanabria
¡y a mí, porque soy mujer, dejáisme desheredada!

- Allá en tierra leonesa un rincón se me olvidaba,
Zamora tiene por nombre, Zamora la bien cercada,
¡Quien vos la quitare, hija, la mi maldición le caiga!

Las quejas de doña Urraca



El Rey Pedro I entregó a Men Rodríguez la villa de Puebla de Sanabria.

Zamora, ciudad medieval por excelencia, Zamora la bien cercada, luchadora, resiliente, siempre leal y fiel a la corona, generosa, siempre al servicio de España, pero marginada y olvidada con frecuencia, la malpagá de la copla. Hoy es una de las provincias españolas que produce muchos Kilowatos; sus ríos fueron detenidos en múltiples tramos para construir presas y embalses en torno al medio siglo XX; el pantano de Ricobayo, construido entre 1929 y 1934, fue el mayor y más importante en su tiempo. Despues vinieron muchos más.

Dentro de esta provincia relegada, hay un rincón históricamente postergado y denostado por todas las administraciones de todos los tiempos, Sanabria, donada por don Fernando a su hijo Alfonso en el siglo XI, tan bella como pobre a causa de ese abandono. La exuberante y majestuosa belleza de esta zona choca con la pobreza endémica del lugar, que ha vivido siempre bajo el dominio de un prócer al que pagar sus impuestos, además de cederle los derechos de vivir de su tierra: Men Rodríguez, los monjes, el conde de Benavente, el marqués de Villachica, los arrendadores y prestamis-

tas... y de una manera muy especial fue castigado Ribadelago, a la misma orilla del lago del que solo se alimentaba espiritualmente, porque nunca le fue permitido pescar las truchas que sus aguas le ofrecían.

En ese rincón tan bello como pobre se desarrolló la historia que hoy esbozamos.

Jueves, 8 de enero de 1959

Aquel día había llovido mucho. Hacía mucho frío. Al atardecer el río Tera creció tanto que había salido de su cauce en algunos lugares y amenazaba con salir más en las próximas horas. Impresionaba por su fuerza y su belleza, pero infundía miedo.

Habían terminado las bulliciosas y alegres fiestas navideñas, todo volvía al cauce del acontecer diario en aquel pueblo pequeño de montaña y lago, de fríos inviernos, sencillo y laborioso. En la sierra habían terminado los trabajos del Salto de Moncabril, donde durante doce años habían trabajado todos los hombres del pueblo, ahora la mayoría de ellos trabajaban en la vertiente gallega de nuestra sierra, donde la misma empresa, continuaba haciendo presas en los ríos Bibey y Jares. Y ese día se



Entierro de las pocas víctimas que se recuperaron, solo 28 cadáveres.



La tragedia llenó las portadas de diarios como La Vanguardia o Sábado Gráfico.

La rotura se debió a defectos de construcción y materiales deficientes

reincorporaban al trabajo después de las cortas vacaciones. Los mayores habían sido despedidos y quedaban en el pueblo. Algunos habían emigrado ya a nuevos destinos buscando la vida. Las mujeres se quedaban atendiendo el ganado, laborando con el lino y la lana, recogiendo leña, lavando, preparando los productos de la matanza. Los niños disfrutaban del último día de asueto antes de volver a la escuela.

Después de cenar, algunos hombres apuraban su último vaso de vino compartiendo un rato de sosiego y conversación en la cantina. Las madres contaban el último cuento a sus niños mientras remataban sus labores, tejían, hilaban, o escuchaban una lectura en casa de los vecinos. Pocos transitaban por las calles volviendo al hogar. La mayoría dormíamos ya sumergidos en el primer sueño de la noche, el último de la vida para muchos.

00:15 h. Algo brutal se venía encima

Eran las cero horas y quince minutos cuando un ruido bronco y potente, un bramido prolongado y salvaje procedente del lado de La Cueva, en el curso alto del río Tera, hizo contener la respiración a quienes lo oyeron. Los pocos que están en la calle se paralizan. Los que lo oyen desde el interior de sus casas salen para identificarlo. Parecía viento muy fuerte pero no había viento. Eran atronadores desgarros, resquebrajamientos, derrumbes de peñas... Algo brutal que se venía encima.

En el cañón del río, de seis o siete kilómetros de largo y un desnivel de quinientos metros, la oscuridad era absoluta, infundía pavor.

Fueron minutos de angustia, de espanto. De pronto, la presencia de agua en la puerta de las casas o dentro de ellas, evidenció la tragedia. Todo fue muy rápido. Muchos vecinos ya no pudieron salir. Los que pudieron hacerlo se dirigieron con rapidez a los lugares más altos y próximos. Las campanas tocaban a rebato. Allí, en torno al campanario, en lo más alto del pueblo, se salvaron muchas personas. Otras fueron arrastradas



por el agua en el camino o mientras dormían o trataban de coger algo en el último momento; incluso hubo quien confió en que su casa no sería ni arrastrada ni destruida por el agua. Fueron precisamente estos quienes con sus gritos de auxilio desde el corredor de la casa rodeada de agua y a punto de ser derrumbada sin remedio, repetían «¡Vecinos, reventó la presa! ¡Vecinos que nos ahogamos!». Así pudieron salvarlos.

Nadie dudaba de qué presa se trataba. Todos sabíamos, ¡hasta los niños! que Vega de Tera fue un amenazante peligro para nosotros desde el principio. Un cañón que nos apuntaba, el más peligroso de los seis que teníamos ahí arriba.

La presa se había construido entre 1954 y 1958. Aunque se inauguró el 25 de septiembre de 1956 junto con las otras cinco que componían el Salto, nunca se acabó del todo. El muro perdió agua desde antes de terminarse. Sin acabar la obra, comenzó el arreglo imposible. La rotura era inminente.

En apenas diez minutos el agua los arrastró junto con sus casas, sus ganados, sus tierras y cuantos bienes tenían para su supervivencia.



Las primeras luces del día evidenciaron el desastre. Los supervivientes deambulaban en busca de los desaparecidos entre montañas de piedras, árboles, maderas y cadáveres de animales.



Ocho millones de metros cúbicos de agua inundaron Ribadelago en segundos

Llantos, gritos y llamadas desesperadas

Al disminuir la furia del agua, se hizo el silencio, ese silencio escalofriante, que sigue a las tragedias, terrorífico para los supervivientes. Luego comenzaron los llantos, los gritos estremecedores, las voces angustiosas y desesperadas llamando a los seres queridos desaparecidos. Seguía estando muy oscuro. Con el primer envite del agua la luz eléctrica se había ido. ¡Curioso! en algunas zonas entraba un tenue rayo de luz que procedía de la central, protegida en aquel rincón de nuestras tierras, donde no sufrió ningún daño. ¡La causante de tanta destrucción!

Aquellos gritos desesperados llamando por sus nombres a los familiares, creaba en medio de la noche oscura, un ambiente de apocalipsis y muerte.

La madrugada fue larga, de llanto apagado por el dolor inmenso, entre aquella niebla espesa y fría del amanecer de infierno. Los supervivientes deambulan... Los que han podido encender un fuego en su hogar acogen y recomfortan a los que a punto estuvieron de la congelación.

Poco a poco con las primeras luces de aquel día, el más triste de nuestra vida, enajenados y aturdidos pudimos comprobar el desastre ¡Qué desoladora imagen! Enormes montañas de piedras, árboles, maderas, postes, cables, cadáveres de animales, lagunas

de agua y barro, peñas como lavadas con un potente limpiador, barrios enteros desaparecidos, devastación que producía el mayor desamparo y una sensación de soledad infinita en medio de un silencio aterrador, en aquella atmósfera espectral. La nota más dramática la ponía el encuentro de algún cadáver humano. Pocos, porque la mayoría fueron arrastrados hasta el lago y en su seno, bajo sus aguas, descansan para siempre. Como en otro Valverde de Lucerna.

«Servir de pasto a las truchas / es aún muerto amargo trago.

Se muere Ribadelago / orilla de nuestras luchas»

Había presagiado Unamuno veintiocho años antes.

La mayoría de las víctimas fueron arrastradas hacia el Lago de Sanabria, donde aún reposan bajo sus aguas



Ribadelago Viejo © María Jesús Otero.

Cuando las primeras ayudas llegan al pueblo, no hay a quien salvar. Todo había pasado. Los supervivientes, son evacuados a Benavente y a Zamora, en algunos casos contra su voluntad, sin poder buscar a sus seres queridos ni asistir a su entierro si aparecían. Esto causó mucho dolor. 144 víctimas mortales, entre ellas 52 niños, costó aquel error humano.

Los que mantuvieron su casa y su ganado o se resistieron a irse, se quedaron en el pueblo, en medio de aquel amasijo de destrucción. Un puesto de auxilio Social y las ayudas directas e inmediatas de EE.UU. fueron importantes en aquellos primeros días.

Barracones de madera

Después de unos meses, las familias pudieron volver. Fue entonces cuando aquella nube negra que había ocupado su mente, les permitió ver lo que realmente había pasado. «Aquello no era nuestro pueblo. Ya nunca lo volvería a ser».

Unos barracones de madera fueron las viviendas de cuantos habían perdido la casa, hasta que un pueblo nuevo estuviera construido. Algunos vivieron como y donde pudieron.

El agua no solo llevó casas, también nuestra forma de vida, nuestra cultura, nuestro patrimonio inmaterial, nuestra identidad, nuestras raíces, y nuestra infancia, que se tornó en una adultez sobrevenida de golpe, sin puente de transición y nos convirtió a todos en unos seres sin destino, sin estrella.

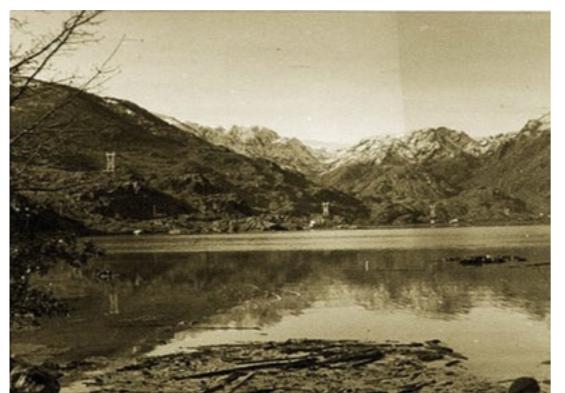
Toda España y aún otros países, se movilizaron. Se recaudó mucho dinero en donaciones, pero la organización estuvo en manos poco honestas y quienes nos debían haber ayudado más fueron nuestros peores valedores. Nos dejaron solos nadie canalizó las ayudas materiales ni nuestro estado de hundimiento, no hubo psicólogos ni ayuda espiritual alguna. Cargamos en soledad con ese enorme socavón en nuestra vida..

Muy poco después de la tragedia, el día 15 de enero, Franco reunió a sus ministros y encargó la construcción de un pueblo «con las características más adecuadas para que los supervivientes puedan retomar su vida cuanto antes». Y efectivamente comienza pronto la construcción del nuevo pueblo pero no se cumple la segunda parte: no reúne ninguna condición para la vida agrícola y ganadera de Ribadelago. Ni se hace en el lugar que los vecinos querían.

Se produce entonces una dispersión, una huida. Buscaron una nueva vida en ciudades como Zamora, Asturias, Barcelona, Bilbao Madrid, Sevilla... Los que se quedaron en el pueblo tuvieron que afrontar esa situación de supervivencia muy difícil. Todos envueltos en pena, en tristeza, en desarraigado, aprendiendo de nuevo a vivir. Algunos no volvieron nunca.

Patoxo la heroína, protagonista de 'Tráeme una estrella' expresa así aquella situación dislocada:

«Los que quedamos afrontamos una vida difícil, con menos tierras, poco ganado, peores condiciones, en viviendas inapropiadas, y con el desgarro de la



Aspecto del lago tras la barrancada, al fondo, Ribadelago y las torres de conducción eléctrica



El Lago de Sanabria en la actualidad, en primer término el cauce del Tera y Ribadelago Viejo y a la derecha, junto a la orilla, el antes llamado Ribadelago de Franco.



Presa de Vega del Tera con la rotura en el muro © José Antonio Collazo.

Ciento cuarenta y cuatro fallecidos, entre ellos cincuenta y dos niños, costó aquel error humano



Casas del antiguo Ribadelago © María Jesús Otero.

muerte de tantos seres queridos. Sin fuerza, sin ilusión, sin asimilar lo ocurrido, con tanta pena, en silencio, con más individualismo.

Cesaron las celebraciones, las reuniones, las tertulias en casa y en la calle, la espera bulliciosa del ganado, los cantos en los montes, en la sierra, en las majas. Se fueron los puentes y los caminos, se alejaron los vecinos y los barrios, se rompió el equilibrio entre el paisaje y el paisanaje, entre la arquitectura y el medio, entre la vivienda y las vivencias.

Se quebró violentamente la línea de la vida entre el antes y el después de aquella noche trágica. En medio, un abismo insositable».

El trauma se enquistó en el alma

La recuperación fue imposible. Pero aún no había terminado la tragedia. Unas tras otras fueron cayendo sobre los supervivientes nuevas desgracias e injusticias que añadieron sufrimiento. Los daños fueron muy poco valorados, y con chantajes y amenazas la empresa consiguió que se aceptara lo que ofrecían. Fue una tristísima experiencia que quebró aún más la integridad y la dignidad de nuestros padres humillándolos en extremo. Vi llorar a mi padre. De pena, de rabia, de impotencia, ante tanto desprecio.

Cuando el pueblo nuevo estaba en plena construcción, llega una noticia inquietante y turbadora: el comienzo de la construcción de una presa en el lago, inminente ejecución de un viejo proyecto que se creía superado. El agua cubriría lo que había quedado de Ribadelago.

Después de meses de nueva angustia y zozobra, se suspendió la ejecución,

gracias a la movilización de intelectuales, gente de bien y pueblos limítrofes, que entregaron en Las Cortes las firmas suficientes, conseguidas con rapidez, para que se respetara el pueblo sacrificado y la integridad de ese tesoro natural que ya entonces era un bien protegido por las leyes. España y el mundo entero están en deuda con nosotros.

Por otra parte, el pueblo nuevo no fue gratis, hubo que pagar las casas y algunos vecinos tuvieron serios problemas para ello.

Y entre tanto, comenzó un desfile hacia la muerte de los hombres que habían trabajado en los túneles de las obras, nuestros padres, que sobrevivieron a la tragedia, pero estaban enfermos de silicosis. Fueron desapareciendo como un macabro goteo, dejando huérfanos y viudas. Todos murieron.

A raíz de la tragedia se ordenó la revisión de las normas de construcción de presas, sobre todo de montaña. Se corrigieron y reforzaron algunas, entre ellas la de Puente Porto, también en Ribadelago y se dictaron por primera vez una serie de reglas y preceptos de construcción para todas las futuras. Parece que en ese sentido sí se hizo algo importante para que no volviera a ocurrir. Hasta el momento han sido efectivas. Pero es difícil, imposible una garantía total. Sobre todo, las de montaña apuntando a los pueblos que hay más abajo. Por eso se debe cuidar mucho dónde se hacen, no sólo cómo. Y porque deteniendo ríos, cambiando sus cauces, construyendo en lugares de torrentes, se ataca a la naturaleza y ella siempre es más fuerte. Una presa es un muro en constante lucha contra la fuerza de un río. Y el progreso una rueda que puede triturarlo todo.



Los que mantuvieron su casa y su ganado o se resistieron a irse, se quedaron en el pueblo. Un puesto de Auxilio Social y las ayudas directas e inmediatas de EE.UU. fueron importantes en aquellos primeros días.

Ribadelago fue reconstruido en un nuevo emplazamiento, pero nunca recuperó su modo de vida tradicional ni la cohesión original de la comunidad

Ribadelago de Franco, el que surgió de la tragedia, creció en los años sesenta y setenta, salió al mundo después de estar ignorado durante siglos. El desastre atrajo a mucha gente que quería conocer el lugar donde había ocurrido, y así nació un turismo que fue aumentando sin cesar. El lago pasó de ser ignoto, recóndito y el consuelo espiritual de los nativos, a convertirse en algo parecido a una piscina de verano. Su agua, antes cristalina, transparente, es ahora oscura, aunque los informes digan que está bien.

Hoy todo se hace por y para el turismo, se cuidan las playas y sus alrededores, pero se ignora el pueblo, cuyo abandono y dejadez es demasiado evidente. Su caso sigue siendo doloroso. El pueblo viejo, un Museo de la Memoria al aire libre, en el que parece que se ha detenido el tiempo, está sucio y en creciente deterioro. Aunque se han reconstruido algunas casas con diferente fortuna estética, por la mayoría de sus calles solo se respira desolación y la vida es la que aportan nuestros recuerdos.

Injusticia vigente

El pueblo nuevo, inapropiado pero bonito, envejece por falta de mantenimiento, lo que pone en peligro cierto los edificios de autor de aquellos años en que el arte puntero se manifestó en estos pueblos de nueva creación. Sus jardines, diseñados por expertos, están ajados y convertidos con frecuencia en basureros, completamente desatendidos, calles muy deterioradas, animales sueltos que causan daños. En verano no se puede regar porque no hay agua y durante todo el año no se puede beber porque está sucia. ¡Con la cantidad de KWs que nuestros ríos producen cada día!

Los supervivientes ven pasar el tiempo con nostalgia y resignación impuesta, aprendida por necesidad, en el silencio de siempre. Sin ninguna compensación ni prebenda por tener en su territorio presas, túneles, torres eléctricas, alta tensión y una central muy productiva. Sin el debido beneficio con el que se debe resarcir a los pueblos donde

Calles de Ribadelago nuevo.



se realizan estas obras ¡Cuánto más habiendo causado tanto dolor y muerte! El progreso debió ser ante todo para el Ribadelago que las soportó y sin embargo allí solo quedó más pobreza y muerte. Algo positivo: unos jóvenes con oficios aprendidos (porque Moncabril los necesitaba) para encontrar luego unos trabajos lejos de allí.

Es muy lastimoso que los beneficios derivados del Salto fueron todos para otros.

Esta injusticia sigue flagrante. Y aunque no es tarde para solventarla, para reconocer alguno de nuestros derechos, ningún gobierno posterior ha hecho nada por ello. Solo la Diputación de Zamora aporta la poca atención que se nos ha dado. Siento un dolor inmenso cuando pienso cuánto sufrieron nuestros padres sin haber recibido ningún agradecimiento ni atención. ¿Quién los salva a ellos? Confieso que la rabia a veces nos invade de tal manera que el sufrimiento y la impotencia afloran y sentimos ese dolor que nos traspasa hasta los ijares del alma.

«Lo soportamos porque el dolor cuando es tan grande anestesia.

No sé como habremos podido soportar tanto daño».

—Se lamentan los supervivientes.

Está cayendo la tarde. Después de nosotros es fácil que la tragedia, símbolo del precio del progreso en aquel momento crítico de la España pobre de la posguerra, se

olvide, para evitarlo he querido escribir lo

que viví, lo que siento, lo que sufrimos. «Dar al aire nuestra voz y que sea de todos y la sepan todos».

¿Quién tuvo la culpa? Eso no es lo más importante y no merece la pena que hoy más que nunca se pierda tanto tiempo en discutirlo; lo importante es que la sociedad, y los Gobiernos, sobre todo, se vuelquen en solucionar y minimizar la desgracia, todos juntos, con rigor, con verdadera solidaridad, con compasión, sin olvidar nunca que estas víctimas lo fueron por el progreso de todos y todos de alguna manera estamos implicados.

Hubiera sido justo que después de tanto sufrimiento, los supervivientes hubiéramos vivido en paz, en el pueblo mutilado pero arropados y compensados por el Estado. Desgraciadamente no ha sido así, la herida abierta nos impide la felicidad, la paz, y volver siempre tiene un punto de amargura. Desearíamos aún hoy, que esto fuera una pesadilla y que al despertar nos encontráramos en la realidad anterior al 59.

Termino con estos versos de Rozalén que tan certeramente expresa este deseo y la nostalgia de aquella infancia perdida:

No quiero volver allí / yo quiero volver a entonces.

Yo quiero volver al cuando/ no quiero volver al donde.



María Jesús Otero Puente es autora de varios libros donde rememora la tragedia.



Escultura de homenaje a las víctimas, realizada por el prestigioso escultor zamorano Ricardo Flecha, que representa a una madre sanabresa de la época que rodea y protege con su toquilla a un niño asustado por la tragedia y que simboliza el futuro.